

Exhibición estival, rica en sabores

**MARY G.
SANTA EULALIA**

*Panorama sobre el mundo
femenino/masculino, programas
institucionales de
violencia/antiviolencia,
históricos debates sobre las
hadas, apuntes de picaresca
callejera, terrores siderales,
misterios, catástrofes, leyendas
para niños y aventuras para
adultos con fantasía.*

“**H**e visto la
maravillosa
realidad de la
mujer

*interpretada, desfigurada,
manipulada, admirada por unos
y por otros”,* escribía el profesor
Julián Marías en el prólogo a su
libro “La Mujer en el Siglo
XX”, de 1979. Obra plena de
sugerencias y en cuyas páginas
brotan cumplidas respuestas a
muchas incógnitas esparcidas
por el mundo occidental —y hoy
mucho más allá— en torno a la
crisis de la mujer y al
movimiento feminista. Lástima
que algunos directores de cine
no lo hayan leído, antes de
embarcarse en rodajes en los que
toman a mujeres como sujeto
fundamental de la historia. ¡Hay
tantos que las desfiguran, las
manipulan y las malinterpretan,
hasta cuando presuntamente las
admiran! Es cierto que puede
deberse a que algunas, acaso,

estén confusas sobre sí mismas,
en el zafarrancho de los tumbos
de la sociedad, como el propio
Marías advierte.

Mujeres del 98

Viene este comentario a
colación porque uno de los
filmes serios de este verano, que
es una comedia —valga la
paradoja— se ocupa de mujeres,
con más desenvoltura, menos
convencionalismos y lugares
comunes de los que suelen
emplearse con ellas. Plantea una

comparación de dos épocas, la
presente y la del siglo XVIII.
Ambas desde un enfoque
contemporáneo elocuente, muy
de hoy día, sin rubor ni pudor,
podría decirse, pero no
desprovisto de prestancia.
Sostenida en agudos diálogos y
no menos punzante en términos
visuales. Hay quien, ante esta
película, recuerda la época
dorada, de los años 30 a 50,
durante la cual el cine de
Hollywood cedía lo mejor de sus
pantallas a actrices como Bette
Davis, “Eva al desnudo”;
Claudette Colbert, “La encontré
en París”; Irene Dunne, “La
pícaro puritana”, “Los pecados
de Teodora”; Catherine
Hepburn, “Historias de
Filadelfia”, “La costilla de
Adán”; Carole Lombard, “Ser o
no ser”; Mirna Loy, “Los
mejores años de nuestra vida”,
“Ella, él y Asta”; Marilyn
Monroe, “Con faldas y a lo
loco”; Betty Grable, “Cómo
casarse con un millonario”;
Verónica Lake, “Me casé con
una bruja” y tantas y tantas más.
Todas incorporando a unos
personajes con densidad humana
y dando rienda suelta a un
talento cómico de tamaño
natural. En ésta, que es nueva
aproximación al sexo débil,
Brian Skeet, director y guionista,
se surte del humor de Cathleen
Schine, en su novela “La sobrina
de Rameau”, para enfrentar a
una esposa moderna, Margaret
(Parker Posey), a cuestiones tan
problemáticas como las
relaciones conyugales y efectos
subsiguientes: fidelidad,
tentación, celos, seducción, en
“Todas las mujeres son iguales”.

También circulan mujeres con mucho relieve —incluso físico— en la reciente cinta del combativo Tom DiCilo, “The Real Blonde” o “Una rubia auténtica”. Su tratamiento, dado el carácter satírico de este realizador independiente, exige que las protagonistas se excedan en los rasgos que deben trasladar a los tipos que les han tocado en suerte. Así, Kelly (Daryl Hannah), se vuelve espejo de lánguida, cursi y depresiva estrella de folletín o *culebrón* televisivo; Sahara (Bridget Wilson), exhibe una puerilidad inofensiva, tras la atrayente y provocativa envoltura de una *top-model* de fotografía. A Dee Dee (Kathleen Turner), le corresponde aparecer como displicente seleccionadora de aspirantes, de un centro de audiciones para actores y actrices, y a Tina (Elizabeth Berkley), como una temperamental y agresiva creadora de excéntricos carteles publicitarios. Esta galería de personificaciones le sirve a DiCilo de referencia mundana —la frivolidad del éxito sin esfuerzo ni arte, de lo que acusa a esos ambientes donde se desenvuelve la comedia— para respaldar a la única pareja tomada en consideración: la que forman Mary (Catherine Keener) y Joe (Matthew Modine). Estos dos son jóvenes normales, con ambiciones normales y obstáculos para conseguirlas, igualmente normales. Ella se adapta a las condiciones enrarecidas que le imponen las circunstancias. Él,

más idealista, quizá, se resiste. El amor no le impide la discrepancia. Pero DiCilo, que ve en ellos la conjunción de dos opiniones admisibles, y ha ilustrado el guión con vivencias propias, los cuida esmeradamente y los salva de la artificialidad del entorno.

La violencia escondida

Otro film que se rebela contra superficialidades veraniegas es el

último de Wim Wenders, “El final de la violencia”. El director alemán más afecto al estilo cinematográfico estadounidense, nos sitúa precisamente en USA. Allí, el uso de las avanzadas técnicas de comunicación conduce a un dominio solapado del hombre, en general. Organismos en la sombra, creados por cerebros privilegiados que se autoerigen en controladores de los demás mortales, de hecho, determinan, sobre todo, eso, que sean mortales. Es decir, que observan incesantemente a la ciudadanía y deciden a quién, dónde y cuándo facturarle para el sepulcro. La obra se desdobra en dos temas mayores y diversas digresiones, de menor importancia. Consigue una impactante impresión sobre la existencia de un cerco policial opresivo, que Wenders intuye actual y activo y para el que no se escapa movimiento ni de día ni de noche, ni siquiera de sus mismos agentes de vigilancia. Wenders nos hace contemplar un modelo de vida familiar inoperante, la del magnate de la producción cinematográfica obsesionado con el trabajo, Mike Max (Bill Pulman), y su ociosa y exquisita esposa, Paige Stockard (Andie MacDowell). A tal modelo le contrapone el de unos campesinos chicanos, compartiendo labor y comida, unidos en camaradería y afectos alrededor del patriarca, Juan Emilio (Henry Silva). Hace hincapié, de paso, en un detalle concreto, el de la reverencia religiosa que practica la familia mexicana. Subraya el recurso a las armas y el vacío en las

relaciones personales de las clases acomodadas, en comparación con la solidaridad espontánea de los menos favorecidos, tanto entre chicanos legales como ilegales, y el manejo que la autoridad hace de estos últimos, a su conveniencia.

De hadas y cuentos

Por más contrario a la razón que parezca, el título en inglés lo pregona como un cuento de hadas y *una historia verdadera* (“A fairytale: a true story”). El tema surge de un suceso real, que ya inspiró otro rodaje, “Fotografiando hadas”, el año pasado. Dos niñas inglesas, Frances (Elizabeth Earl) y su prima Elsie (Florence Hoath), por los penosos años de la primera guerra mundial, tomaron unas fotografías en un jardín de su pueblo, en las que no sólo ellas, sino sus parientes y observadores adultos creyeron que se había logrado captar a unas criaturas intangibles, fantásticas: hadas, en una palabra. Dos ilustres personalidades de la época, el creador del más célebre detective de la literatura mundial, (Sherlock Holmes), Sir Arthur Conan Doyle, en la película Peter O’Toole, y el más grande ilusionista sobre un escenario, de todos los tiempos, Harry Houdini, en la película Harvey Keitel, se interesaron por aquel asunto y polemizaron sobre lo real y lo imaginario públicamente, por lo que el caso tomó carácter de acontecimiento y un alcance nacional. El director, Charles Sturridge, se

sintió atraído por la autenticidad de los hechos y dados sus antecedentes, su “Los viajes de Gulliver” y “Retorno a Brideshead”, no hay motivo para sorprenderse de la calidad con que ha elaborado este nuevo trabajo. De inmediato, merece un 10, por la ambientación, y otro tanto, para los artífices del encuadre y la selectiva iluminación, como la habría recomendado el maestro sueco, Sven Nykvist, favorito director de fotografía de Ingmar Bergman y autor de unas

memorias, “Culto a la Luz” (recientemente publicadas en España por Ediciones El Imán). El montaje y la banda sonora cooperan a los aspectos maravillosos de las imágenes, principalmente a las que Tim Webber, supervisor de efectos especiales, compuso para representar a las hadas, una combinación de libélula y colibrí, con el vuelo de una flecha.

Cuatro piezas de interés

Con perfiles naturales, Matthew Harrison, el director, traza, tendiendo a la simpatía, unos apuntes irónicos sobre el sector de Nueva York que mejor conoce: los barrios bajos y su vecindario. Olvídense de Manhattan y las exposiciones de arte. Los fondos son deteriorados edificios locales y calles cutres, como las de Scorsese. Sobre ese paisaje dispone un cañamazo de escasos hilos argumentales, para el que ha contado con la colaboración de Corrigan. Tampoco instrumenta un extenso reparto. A “Kicked in the Head” (“¡Hasta las narices!”) le basta con apenas media docena de *colegas* neoyorquinos bien explicados sobre el papel y envidiablemente interpretados. Entre ellos: Stretch (Michael Rapaport), Happy (Lili Taylor), Megan (Linda Fiorentino), Tio Sam (James Woods) y algún seudo *gangster* de vía estrecha, hacen la vida extremadamente incómoda al héroe/ víctima, Redmond (Kevin Corrigan), un infeliz de veintitantos años, en

paro, desahuciado, sin un dólar y sumido en una crisis de identidad. Lo cual no es óbice para que su propio tío, un pícaro de mínima talla, aunque el colmo de la desfachatez, le saque partido para sus negocietes y trapicheos, sin arrepentirse por los peligros a los que le empuja. Se habla el lenguaje corriente, descarado, de actualidad entre los habitantes de la zona, que el cine se encarga de difundir.

“La lección de tango”, peculiar y primorosa cinta, donde la bailarina y cineasta Sally Potter (“Orlando”) riza el rizo de mostrar unas clases del baile más representativo y popular de Argentina: el tango, con la colaboración del bailarín de aquel país, Pablo Verón. La interpreta ella misma, quien, además, es autora del argumento, estructurado a manera de lecciones que plasman el proceso de aprendizaje de los complejos pasos de la danza. No se limita a esto, que podría resultar un documental o un vídeo de utilidad práctica para aficionados. Secuencia a secuencia se van integrando las sensaciones cambiantes, las tensiones, las dudas, las discordancias, incluso las pasiones, que sufren los implicados en el experimento. Al cabo, la suma de las lecciones acaba relatando una historia sentimental, acorde con la esencia del baile, su letra y su música, lo cual alivia del peso, un si es no es abusivo, de la mecánica de giros y trenzados y

otras figuras componentes del tango.

En “Sidney”, ópera prima de Paul Thomas Anderson, se contiene un film *negro* de lo más condensado y equilibrado del género. Desde el comienzo, un *suspense* sostenido impulsa al espectador a seguir atentamente el despegue de un extraño encuentro. Un adusto y enérgico desconocido, Sidney (Philip

Baker Hall), propone a un joven

desplumado en Las Vegas, John (John C. Reilly), darle unos consejos para ganar dinero en los casinos de Reno, sospechosamente, a cambio de nada. Sin dejar traslucir los motivos de Sidney para su paternal disposición hacia John, el argumento incluye a una camarera torpe y vulnerable, Clementine (Gwyneth Paltrow), en la relación de gente a quien Sidney ayuda altruísticamente. Por primera vez, no reacciona de la misma manera respecto a Jimmy (Samuel L. Jackson), amigo de John, que se encara con él en tono amenazador. Éste será el elemento que desvelará el misterio celosamente guardado por Sidney.

“Conflicto de intereses” coloca al eficaz británico Kenneth Branagh en un papel protagonista, a las órdenes del no menos prestigioso Robert Altman. El área de ficción es un drama original de John Grisham, experto en novelas de esta clase, varias de las cuales se han adaptado al celuloide: “La tapadera”, “El Informe Pelicano”, “Legítima defensa”, narraciones para que se luzcan hábiles abogados. En la presente, Rick Magruder responde a esos requisitos. Seducido por una bella camarera, Mallory (Embeth Davidtz), que se declara acosada por preocupantes problemas, se compromete a prestarle su ayuda. Y así lo hace. Luego habrá de poner en claro dudas que le asaltan y cuya resolución requiere una operación detectivesca, primero, y, a

CINE

continuación, una sesión de lucha dura y cruenta para la que también parece dotado el hombre de leyes.

Entre los pliegues del verano, propicio a la morosidad y la complacencia vacacional, se cuelan algunas piezas adecuadas para la infancia, entre la que vale la pena citar “Las aventuras del Príncipe Valiente”, originada en una tira cómica de Harold Foster, y “La espada mágica”, ésta en dibujos animados, fiel a los clásicos de Walt Disney, pero producto de Warner Bros, en esta ocasión, y cuyo tema procede de la leyenda del idealizado Camelot, el territorio del rey Arturo, de Inglaterra. También las hay para adultos con apetencias de aventuras, en islas paradisíacas, para quienes llega el infatigable Harrison Ford, con Anne Heche, en “Seis días y siete noches”, dirigidos por Ivan Reitman. A los amantes de sobresaltos, por sí mismos, les vendrá al pelo el primer largometraje realizado por el cameraman Dean Semler, “Tormenta de fuego”, con mucho humo, chisporroteo y estruendo, o “Perdidos en el espacio”, una más, entre mil similares, que divisa un futuro de pánico viajando entre las estrellas. Dirigida por Stephen Hopkins, William Hurt es uno de los pasajeros lanzados a una misión de alto riesgo. En la cinta abrumba el cúmulo de efectos especiales, tópicos en este tipo de tramas, y en la banda sonora se derrocha estrépito.